

El obsequio de Xochiquétzal

doi: 10.25009/pc.vii7.432

Perla Hernández García



Hace miles de años, deidades extraordinarias eligieron un espacio del vasto universo para crear lo que hoy en día conocemos como Vía Láctea. Dentro de esta, diseñaron un magnífico planeta al que conocemos como la Tierra, al cual le proporcionaron agua, ricos y fértiles suelos y una amplia cantidad de seres, desde plantas y árboles hasta animales.

A cargo de la diosa Xochiquétzal estuvo la creación de innumerables árboles, pastos y flores. Cuando Xochiquétzal empezó a idear toda la flora, se aseguró de darles vida y alma, pues solo así los árboles podrían crecer hasta alcanzar grandes alturas, casi hasta tocar las nubes. Toda la Tierra se cubrió de esplendorosos seres verdes. Pero la diosa sentía que aún faltaba algo; entonces creó muchísimas flores, algunas a petición de otros dioses. Al enterarse que surgirían humanos, buscó que naciera una nueva planta, una más similar a ella, para sentir que, de alguna manera, podía convivir con ellos. Así que, decidida, meditó por mucho tiempo, hasta que la idea surgió.

—¡Orquídeas!—exclamó alegremente— así se llamarán y serán de muchos colores. Tendrán una gran esencia de elegancia.

—Estoy seguro que serán hermosas plantas, pero no puedes seguir colocándolas en el suelo, creo que tendrás que buscar otros espacios, como lo has hecho con otras plantas —comentó Quetzalcóatl.

—Lo sé, ya tengo pensado poner algunas en rocas, en agua, en materia en descomposición y la mayoría estarán en la cima de árboles muy grandes, donde ellas puedan verme y donde yo pueda verlas. ¡Ya lo verás! —dijo muy alegre.

*

Xochiquétzal no sabía por dónde empezar, hasta que se cruzó con una hermosa paloma blanca. Al verla, puso manos a la obra. Comenzó creando unas raíces verdes, pero sintió que le faltaba algo, no quería que fuera igual a otras plantas. Entonces, al mirar las nubes, decidió añadirles algo similar: una cubierta blanca a la que llamó *velamen*; de esa forma, sus orquídeas serían capaces de generar más fotosíntesis. ¿Qué seguiría? Quizás un tronco muy delgado. No, no un tronco, no quería un árbol ni una palmera, debía ser una planta.

—¡Un tallo! —gritó felizmente.

—¿Un solo crecimiento, entonces? —preguntó Ometéotl.

—Ahora que lo mencionas, ¿por qué no dos?, una de un solo punto de crecimiento, es decir, monopodial y otra de más puntos que será simpodial. También tendrá muchas hojas venadas paralelamente. ¡Oh!, y tendrán frutos, donde estarán las semillas. Serán muy pequeñitas.

—¿Entonces supongo que necesitará mucha agua, no crees? —cuestionó dudosamente.

—¿Qué? ¿enloqueciste?—dijo molesta—. Claro que no, con mucha agua moriría, por eso tiene unos pseudobulbos donde almacena sus nutrientes. Pero mejor déjame sola, porque a ti solo se te ocurren barbaridades. ¡Ay no, ¿qué es eso de ponerle tanta agua a mis orquídeas?!

Una vez que dejó de lado aquel incidente, continuó con la creación de su orquídea, le faltaba ya solo la flor. Se preguntaba cómo debía ser, qué textura debía tener, cuáles serían los colores más adecuados.

Entonces recordó a la paloma blanca de elegante vuelo, así que hizo brotar dos pétalos anchos: uno con dirección al este y otro al oeste, con textura suave como una pluma, delicada y un poco aterciopelada.

Después de un vistazo, creyó que hacían falta más, por lo cual añadió otros tres iguales entre sí, largos y un poco más delgados que se convertirían en la parte externa de la flor y formarían una especie de triángulo, a los que llamó sépalos.

—Aún se ve incompleto, ¿qué más le faltará?

—Si me permites opinar, con respecto a las demás flores, creo que se te olvida pensar en su polinización —dijo Quetzalcóatl.

—Es cierto, hasta ahora solo lleva tres pétalos y dos sépalos. Pero podría darle un toque diferente a lo que falta. Tendrá una columna, donde estarán sus órganos reproductivos y serán llamativos para que los polinizadores lleguen.

—¿Y quiénes las polinizarán?

—Las abejas, pero también habrá avispas, mariposas, colibríes es, incluso moscas.

—¿Moscas?—preguntó extrañado.

—¡Sí, sí! Ya lo tengo todo planeado. Así como muchas flores tendrán aromas muy dulces, también tendremos olores desagradables y eso atraerá a ese tipo de polinizadores.

Después de escuchar eso, Quetzalcóatl prefirió irse. Xochiquétzal no le dio importancia y siguió esforzándose por crear su plantita. El último detalle que le faltaba era el color que llevaría su primera orquídea. Quería algo que expresara pureza, pues representaría el inicio de su nueva colección. Por ello, tomó de la superficie de la luna un poco de su tinte blanco. Al verla terminada, con mucho cariño y cuidado, la colocó entre sus manos y, contemplándola, dijo:

—*Cuitlauzina*, ese es tu nombre.

Al terminar con la primera, comenzó a hacer más hasta que Xochipilli se acercó.

—¿Esos son los únicos detalles que les pondrás?—cuestionó Xochipilli, diosa de las artes.

—¿Tú qué agregarías?—preguntó muy curiosa.

—Bueno, quizás manchitas, rayitos, un toque difuminado. Yo mezclaría colores, no lo dejaría de un solo color. Mira el universo, está lleno de colores. Entonces puedes poner una capa de blanco y después ¡Pam!, la salpicas de morado y otro color.

—¡Qué maravillosa idea!—respondió encantada Xochiquétzal.

Siguiendo aquellos consejos, Xochiquétzal se puso manos a la obra; se obsesionó creando muchas orquídeas de diferentes colores y aromas. Cuando eso no le bastó, continuó poniéndoles diferentes rasgos, inventando diversas variedades. Tanto fue su empeño que no se dio cuenta en qué momento se ocultó el sol, ni cuándo volvió a salir.

Los dioses preocupados fueron a ver a la diosa, quien había creado miles de orquídeas, que los dejaron asombrados y maravillados.

—Xochiquétzal, ¿no crees que deberías de parar?—dijo Quetzalcóatl, preocupado.

—Es cierto, supongo que ya hice muchas.

—Aunque todas son muy hermosas, ninguna es como esta que tiene una flor más vistosa que las demás.

—Es una *Cattleya*; así como su flor es grande, su durabilidad también lo es. Mira también sus hojas, son muy largas como si fueran cintas. Pero le gustan más los climas cálidos, entonces pienso dejarla en el sur de América —respondió con gran entusiasmo Xochiquétzal.

—¿Y ese maravilloso ejemplar de flor morada?

—Hay muchas flores moradas, pero creo que la que tú dices es una *Vanda*. ¿Ya viste sus raíces? Son muy largas, y exigen libertad. ¡Oh!, y esta igual tiene una larga duración.

—¡Oh!, ¿y esta pequeña estrellita de fuego?

—Es una *Epidendrum radicans*. Pero deja de ver solo las flores; mira los detalles de toda la planta.

—Está bien, pensaré en la planta y no únicamente en la flor.

—Gracias. Después de todo, las flores solo se lucirán de manera efímera, mientras que la planta permanecerá de manera indefinida.

—En un futuro, cuando los humanos surjan, estoy seguro que las adorarán.

—Claro que sí, después de todo son muy bonitas, elegantes y, aquí entre nos, no son tan delicadas como las rosas —sonrió—. Aunque no te mentiré, las plagas y bacterias las mantendrán amenazadas; sin embargo, siempre habrá métodos para lidiar con ellas, excepto si llega un virus; si esto ocurriera, no habrá salvación. Al menos servirán de mucha ayuda para los humanos.

—¿Ayuda? ¿En qué?

—Bueno, hay orquídeas como la vainilla que tienen un olor muy dulce y servirán para la perfumería y la comida. Aunque también serán muy útiles en la medicina.

Quetzalcóatl ayudó a Xochiquétzal a bajar las orquídeas a la Tierra, mientras ella fue muy clara; advirtió que las orquídeas debían estar en un lugar que les proporcionara cuatro condiciones fundamentales: buena ventilación, suficiente cantidad de luz, suficiente agua y temperatura adecuada. Específicamente había creado varias orquídeas que vivirían en climas cálidos; otras, en fríos y otras más en templados.

Una vez terminaron, desde lo alto de los cielos, se dedicaron a contemplar la Tierra, esperando que los humanos cuidaran con mucho amor lo que ella les había obsequiado: un ser que no los abandonaría y que siempre los ayudaría.

